

MICHAEL H. MIRANDA

Venecia inactual

FOTOS:

MARTHA MARÍA MONTEJO



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Fotos de cubierta e interiores: Martha María Montejo

© Michael H. Miranda, 2022
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2022
Segunda edición: © Casa Vacía, 2025

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798292994701

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*A Pablo y Leidy,
por la posibilidad y la compañía.*

*A Carlos Manuel Pérez,
que siempre pide escritura de viajes.*

Cien profundas soledades conforman juntas la ciudad de Venecia —ésa es su magia. Una imagen para los hombres del futuro.

Nietzsche en carta a Karl Jaspers
(citado por Martín Heidegger)

Si voy, me buscará una habitación en el Canal Grande, ¿verdad? Para que desde la ventana tenga vistas al gran despliegue abigarrado, silencioso. A excepción de Capri, nada en el sur ha ejercido sobre mí una impresión comparable a su Venecia. No lo atribuyo a Italia: es un trozo de Oriente que ha caído ahí.

Nietzsche en carta desde Niza, marzo, 1884

He aquí la ciudad que a todos inspira estupor. Y yo añadiré que aquí se congregaron todas las virtudes dispersas por Italia al huir del furor de los bárbaros y, tras recibir del cielo el privilegio de los alciones, hicieron en las aguas de esta ciudad su nido. Y concluiré así: quien no la ve es indigno de su lengua, quien no la contemple es indigno de la luz, quien no la admire es indigno del ingenio, quien no la honre es indigno del honor. Quien no la ha visto no cree lo que de ella se dice, y quien la ve apenas da crédito a lo que ve. Quien sabe de su gloria no ceja hasta que la ve, y quien la ve no ceja hasta que vuelve a verla. Quien la ve una vez se enamora de ella para siempre y no la abandona jamás, o si la abandona es para reencontrarse pronto con ella, y de no ser así se aflige por no volver a verla. De este deseo de regresar a ella, que pesa sobre todos los que la abandonaron, tomó el nombre de 'venetia', como si dijera a quienes la abandonan, en un dulce ruego: 'Veni etiam', vuelve.

Elogio de Venecia pronunciado por Luigi Grotto Cieco d'Hadria durante la consagración del Serenísimo Dux de Venecia, Luigi Mocenigo, 23 de agosto de 1570

No sé qué sombra mía era aquella que caminaba azorada y como si flotara por las callejuelas de una Venecia fresca y con sol. No sé siquiera si alguna vez llegué a pensar que un día podría andar, subir y bajar sus tantos puentes y acabar en una librería, Acqua alta, antes de volver a tomar una lancha que nos depositara en la Isola di San Michele.

Era yo como esa sombra y mis pies no tocaban suelo. Frente al hotel había un enorme velero negro, varado y de actividad escasa, quizás lleno de actores, actrices y YouTubers que sólo retornaban muy entrada ya la madrugada y se perdían otra vez cuando ya no podíamos verlos. Eran los días de la Mostra, pero parecían días de pandemia, sin demasiado turismo y en todos se veía la energía fugaz, el cansancio de poder por fin volver a salir, tomar aviones y cazar sitios abiertos donde pagar por un test rápido que nos certifique como no portadores del virus.

Goethe escribió su *Viaje a Italia* treinta años después de haber llegado a tierras del que fuera el gran imperio de la antigüedad. He tomado notas para escribir sobre mi viaje, pero sólo ahora, varios meses después las pongo en orden.



Nada en Venecia es invisible.
Todo existe para quedar expuesto.

El deseo de caminar toda Venecia puede tomarnos una vida. El deseo de pensarla en movimiento nos agota.

Pero sólo hay una forma de armar el mosaico: lanzándose a recorrer cada rincón y que lo que apenas un minuto antes era un estrecho y oscuro pasadizo nos ponga en medio de una plaza, allí llamada campo, con iglesia, fuente, balcones y cafés, antes de obligarnos a quedar otra vez sumergidos en el laberinto que conduce a la Accademia, a San Marco o La Salute. *You never know if you never go.*

Brodsky amaba la Venecia invernal, detestaba el calor, los malos olores corporales. En mi caso, aunque viviendo en Estados Unidos por más de una década, con el recuerdo de los miasmas insulares caribeños era más que suficiente. Durante algún tiempo jugamos con la imagen de un Brodsky ya de cierta edad que recalca en Santa Lucía en diciembre con su borsalino, una maleta London Fog y su abrigo largo deseando una mujer que viene a recibirlo, aunque ya tiene pareja.

Sólo el último día de nuestra estancia allí, lunes, sentí que Venecia por fin se revelaba en el olfato. La ciudad que olía a brisa marina, a veces sólo

una tenue racha, ahora con las aguas bajas dejaba al descubierto una fangosa y pestilente franja negra en las paredes con todo tipo de “parásitos” marinos adheridos a los muros. Luego la marea sube y todo regresa a la invisibilidad.

Pero nada en Venecia es invisible. Todo existe para quedar expuesto. Es tanto lo que el ojo recibe que nadie mira dentro de esas ventanas y puertas semicerradas al pasar, a veces también balcones, cuando subidos en la cima de un puente alcanzamos a divisar una luz por entre las plantas y las flores que unas manos contagiadas de esteticismo han sembrado y cuelgan del barandal.



Unas manos contagiadas de esteticismo
han sembrado flores.

Alguna vez la Piazza San Marco fue llamada “la plaza del mercado del mundo”. Llegamos hasta ella el primer día, sin tiempo apenas para reponernos de una travesía que se había iniciado la mañana del día anterior en el *Midwest* americano, con escala prolongada en Atlanta.

Llegamos de mañana al Aeropuerto Marco Polo, en tierra firme, y debimos caminar un buen trecho hasta encontrar la salida por agua. Los pasillos estaban llenos de pantallas de publicidad con el rostro de la actriz de *The Queen Gambit*, sólo que ahora, en lugar de sentarse ante un tablero de ajedrez, lucía diamantes.

Había una larga fila para tomar el vaporetto, que demoró en llegar. Había una caseta y cierto desorden, había también una lista de destinos donde anotaron el nuestro: Palazzo Veneziano. Tomamos una lancha-taxi que nos cobró como a productores de cine que vienen a salvar la Mostra del supremo aburrimiento de Hollywood. La lancha enfiló hacia el Gran Canal en estado de velocidad pura, como si resbalara. Nos dejaba pensar que íbamos sobre patines o esquís sobre una superficie helada.

Lo primero es el estallido de grises, ocre, blancos, amarillos tenues, cremas. Venecia no tiene color. John Ruskin dice que los venecianos se dedicaron “a bruñir las sombras de una antecámara o realzar los esplendores de un día de fiesta”. Debíamos templar la retina, asumir un juego de combinaciones llamado a desafiarnos. Unas pocas horas y no me sentía en tierra extraña. Era como si hubiera esperado por esta consumación toda la vida.

Da Vinci creía que había agua en la luna. Se ha demostrado que es así, aunque no de la forma que imaginó el genio florentino. Pero para los ojos que saben, la luna sigue siendo acuática, dice Ceronetti. Yo estuve en la luna por cuatro días. Uno de ellos fue dedicado a Florencia. Allí llevé mis ojos azorados y mi húmedo sueño italiano.

No sé por qué esa sensación de mar privado que tiene esta ciudad, de mar al margen, desconectado de los otros. Cuando decimos que estas aguas tienen nombre, que pertenecen al Adriático y que saliendo de estas lagunas mar afuera, vemos las costas de Croacia y un poco más allá Grecia, pareciera que hablamos de un mundo muy ajeno y distante.



Lo primero es el estallido de grises, ocre, blancos, amarillos tenues, cremas. Venecia no tiene color.

ÍNDICE

Venecia inactual / 11

Algunas lecturas sobre Venecia
y otras afinidades no tan electivas / 73

